

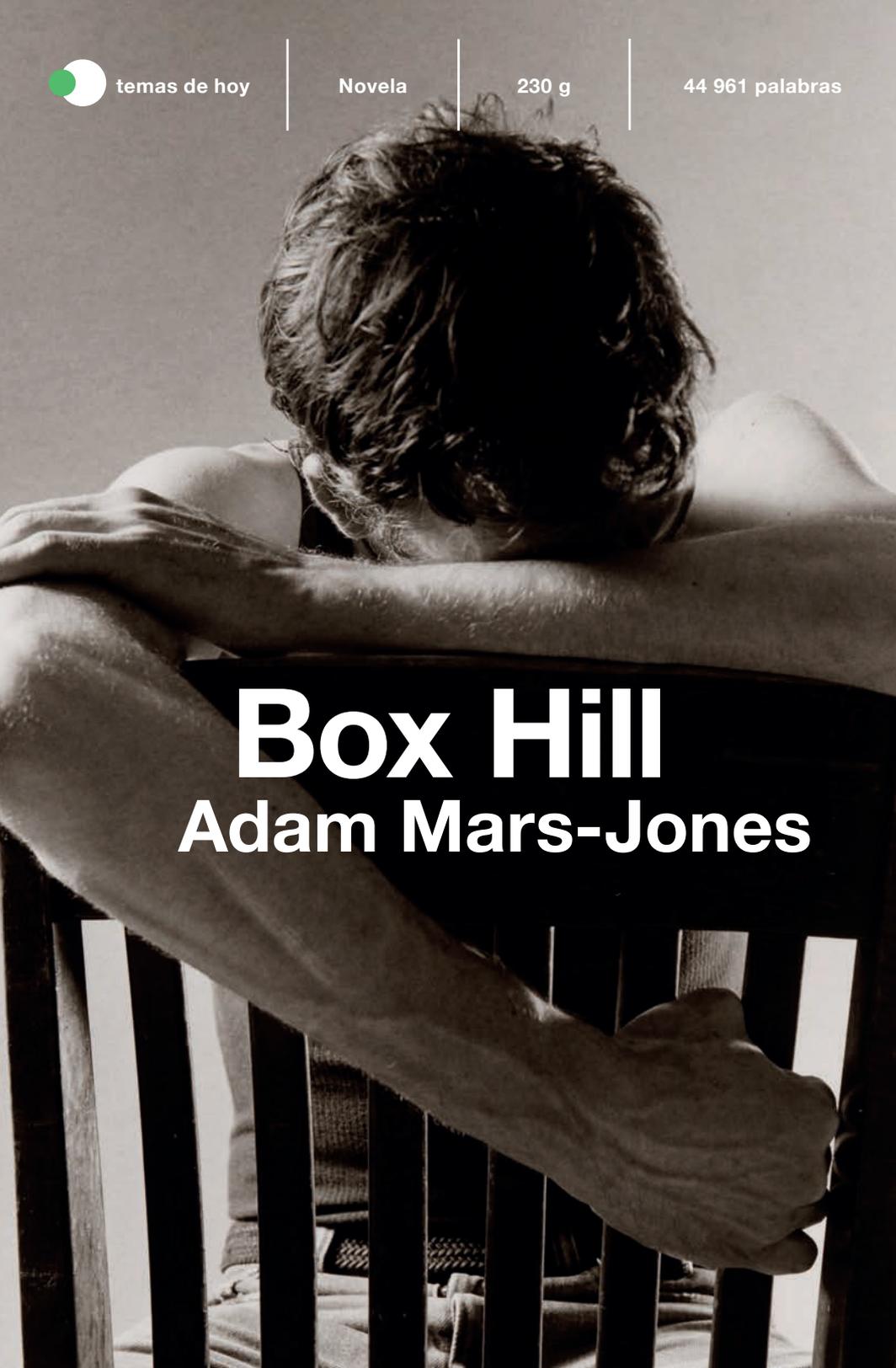


temas de hoy

Novela

230 g

44 961 palabras



Box Hill

Adam Mars-Jones

ADAM MARS-JONES
BOX HILL

Premio Fitzcarraldo de Novela 2019

Traducción de Julián Viñuales

© Adam Mars-Jones, 2020
Publicado originalmente en inglés por Fitzcarraldo Editions
© por la traducción, Julián Viñuales, 2021
Corrección de estilo a cargo de Héctor Bou

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2021
ISBN: 978-84-9998-844-3
Depósito legal: B. 21.765-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Box Hill, donde los moteros se juntan un domingo cualquiera. La Box Hill de Leatherhead, en Surrey, joya de los bajíos norteños, coronándolos a apenas 150 metros por encima del nivel del río (que viene siendo el Mole). Un acantilado cubierto por un espeso manto de arbustos y tejos. Tan solo el boj y sus milenarios tejos pueden echar raíces en tan empinados cueustos. Bien podría haber tomado el nombre de cualquiera de ambas plantas, pero los arbustos se antojaban mucho más exóticos.

La madera de boj es la más pesada de la flora europea. No flota. Sus raíces suelen emplearse en la talla de mangos para cuchillos. Es, además, un arbusto venenoso, de toxicidad solo comparable a la del tejo. Únicamente los camellos devoran con insaciable fruición sus hojas, mas no porque sean inmunes al veneno sino porque son rematadamente estúpidos, no saben lo que hacen.

Las hojas del boj tienen forma aovada, son recias y lisas,

coriáceas y de color verde oscuro. Lo busqué en el diccionario; suena como un poema al que no puedes desentrañarle el sentido. Por su denso follaje, estos arbustos se utilizan también para trenzar los setos de los laberintos, y pueden arquearse con tutorado para que su frondoso ramaje repose en tierra firme; pues de bien poco sirve un laberinto si al echar-te al suelo panza abajo puedes ubicarte y resolver cómo salir reptando.

Desde lo alto se divisan los pastos de los bajíos donde pacen las ovejas y en los que emerge la variopinta flora de sus roquedos calizos. Prados en los que se ocultan no pocas orquídeas para disfrute del ojo más avezado y habituado a distinguirlas. Hermoso lugar en el que, una vez por semana, se dan cita hordas de motociclistas a bordo de sus fastuosas máquinas. Motos que parecen lamentarse sin razón aparente, motos que rugen.

1975, el domingo en que cumplí los dieciocho, fui a echarle un ojo a las motos. La vida en casa rara vez prometía especial diversión, menos aún en esa época, madre deslomándose a diario en el hospital y padre en un estado irreconocible. Me eché al monte porque sabía que algún día, no muy lejano, iba a hacerme con mi propia moto. Porque salivaba contemplando a los moteros. Porque era mi cumpleaños y porque se me antojaba y ya.

En lo que a pilotar mi propia bestia respecta, lo más cerca que había estado hasta entonces de lograr semejante hazaña fue durante el viaje de peregrinación que me regalé desde Isleworth a Lewis Leathers, en Great Portland Street, junto a Oxford Circus, para hacerme con un catálogo. A decir verdad, no muy cerca. Encartado en el interior sobresalía un folleto explicándote cómo tomarte las medidas para confeccionar el atuendo debido: tu propio mono. Mostraba el

perfil de una figura humana acompañado de una serie de indicaciones para tomarlas: del hombro a la muñeca, la pernera y demás componentes.

No me parecía a mí que lo del mono fuera a funcionar. Por el formato de la prenda intuía que no se iba a ajustar a mi cuerpo. Una chaqueta de talla estándar, cuando pudiera permitírmela, sería lo más sensato. El mono me abrigaría, sí; aunque lo cierto es que ni siquiera de eso estaba seguro. Si era lo suficientemente grande como para abrochármela por encima del ombligo, las mangas me quedarían demasiado largas y en el interior de las hombreras todo estaría flotando.

Me caí encima de él. Tropecé y me caí encima, tal cual; así nos conocimos. A propósito de lo cual Ray siempre precisaba: «No cayó presa de mis encantos, sino *sobre* mis encantos». Y luego se arrancaba ya con los pormenores de la parte que más rubor me causaba y finiquitaba el relato añadiendo: «Le eché un solo vistazo, y supe en ese instante lo que de veras quería de mí».

Lo cierto es que no creo que supiera lo que realmente quería y, de hecho, ni siquiera sé por qué se fijó en mí. Nunca me distinguí por lucir muy buen aspecto ni por exhibir un físico agraciado en exceso. Ray, en cambio, era todo un guaperas, aunque la gente no utilizara esa palabra por aquel entonces. Pero no hubo ardor a primera vista. No me parecía, en 1975, que fuera un tipo tan bien parecido. Yo aún leía revistas para adolescentes, y recuerdo que, en aquel momento, el palabro que gastábamos los chavales, y pululaba por mi mente, no era otro que guaperas.

Me caí encima de él, tal como refirió. Hay un lugar en Box Hill al que llamo la zona esquilada, cerca del mirador,

donde la hierba crece bien cuidada y luce muy cortita, y esto sucedió justo al otro lado de la colina, donde los hierbajos brotan más asilvestrados y sin tantas atenciones. Estaba sentado con la espalda apoyada en un árbol, con los ojos cerrados —no le había visto— y los pies cruzados frente a su imponente figura; los mismos pies con los que tropecé. Calzaba un cuarenta y seis.

Estaba echándose una siesta para borrar todo vestigio de la juerga de la noche anterior, con el estómago rebosante de frituras que podía procurarse uno al pie de la colina, donde todo el mundo vestía puro cuero pero nadie lo lucía con su porte. Estaba tan acostumbrado a ser el centro de todas las miradas que ya ni siquiera lo notaba. Hubiera sido típico de la persona que llegué a conocer, sentarse ahí a leer un libro justo al terminar de comer. Historia militar o algo sobre los océanos y sus criaturas. Es la única persona a la que he visto pasar página enfundado en sus guantes de piel sin mayor complicación.

Por el amor de Dios, el tipo era capaz de barajar y repartir sin siquiera quitarse los guantes, tanto si lo hacía para quedarse con el personal como obligado por alguna absurda apuesta perdida con los integrantes de su club de póker. Dúctiles guantes de vestir, no sus guantes de moto, claro. Al descender de su corcel, se desprendía de los rígidos guantes de moto, los doblaba y guardaba en su yelmo, y se sacaba de la chaqueta esos guantes finos. Os apuesto lo que queráis a que esos guantes de piel para vestir se los hacían en Mayfair, a medida, para que pudiera enfundárselos como anillo al dedo hasta acariciar la costura con las yemas de sus dedos.

Y en el entreacto sin guantes, cuando sus manos quedaban al desnudo, echaba mano del izquierdo para sacudirse de un guantazo su poblado flequillo dorado, con brío sufi-

ciente como para no retozar en la autocomplacencia. Nada invitaba a tomar por acicalamiento el resuelto despliegue de aquel gesto, ni afectación alguna. Ni lacio en exceso ni en apariencias ingobernables, el corte de su flequillo apenas lucía con la suficiente presteza como para llegar a ser tildado de tupé.

Cuando la gente babeaba al contemplarle, Ray aparentaba no inmutarse, pero tampoco estaba acostumbrado a no ser el foco de atención cuando irrumpía en escena. Al despertarle tras tropezar con él, huelga decir quién se llevó la peor parte en aquel accidentado encontronazo. Perdí el equilibrio y me di un buen trompazo raspándome, para mayor gloria, ambas rodillas. A Ray, en cambio, lo peor que le pasó fue que una de sus botas acabó inadvertidamente rozando la otra. Por su modo de fruncir el ceño, no obstante, semejante descuido parecía una afrenta no menor. Cuando conseguí reincorporarme y alcancé a sacudirme el polvo y pude, por fin, acomodar mis posaderas en el suelo, Ray me echó una miradita, no exenta de cierto desprecio, gruñendo acto seguido: «¿Por qué coño no miras por dónde cojones vas?».

Quizá en mi remembranza de tan amistosa admonición no haya acertado a ubicar «cojones» en el lugar original de la cita. Tal vez me espetara: «¿Por qué cojones no miras por dónde vas?». Se me hace ciertamente difícil recordar con nitidez lo sucedido después de tanto tiempo, pero de una cosa estoy seguro: por algún lugar del reproche asomaron los cojones. No estaba uno acostumbrado a que se le distinguiera con semejantes impropiedades y debo admitir que me estremecí. Me acojoné, para ser exactos, pero no me di a la fuga. A decir verdad, no es que correr haya sido nunca mi fuerte. Mis piernas tropiezan una con la otra cuando lo intento.

No podía apartar la mirada de su rostro, la verdad sea dicha, pero ¿acaso hubiera podido alguien en mi lugar? Era la viva imagen deslumbrante del catálogo de Lewis Leathers y yo, deduzco, ni siquiera daba el tipo para figurar en el escaparate de la tiendecilla Burton de ropa interior obsoleta, tugurio en el que, pese a probar con toda suerte de fondos y diferentes tipos de iluminación, no conseguían que los transeúntes les obsequiasen siquiera con un displicente barrido visual por la mercancía. Mis pantalones eran tímidamente acampanados —sí, los pantalones acampanados también pueden ser tímidos—, y mi chaqueta marrón de piel tenía unas solapas exageradamente redondeadas cuya cremallera, más de plástico que metálica, descendía justo por en medio, no en esa suerte de ángulo sexi que tienen las cremalleras en las chaquetas de motero. Ray medía metro noventa y cinco y yo apenas alcanzaba lo que creo seguir midiendo ahora, metro sesenta y siete. Me da que, aunque hubiera sido algo más alto, me hubiera encontrado en clara desventaja postrado frente al extraño que fruncía el ceño al fulminarme con la mirada.

Si bien, en palabras del aludido, no era precisamente el ceño lo que llamaba poderosamente mi atención. Aun así, no dejó de sorprenderme lo que a continuación repuso: «Ya te calé. ¿Es esto lo que de veras te interesa?». Su voz cambió, era tanto o más amenazante que al censurar mi actitud, pero gastaba otro registro. Amenazante en el sentido de que parecía, de manera implícita, deslizar alguna proposición. Tan displicente como increpante, añadiría. Ni siquiera caí en la cuenta de que no estaba mirándole a los ojos. No porque me desagradaran en lo más mínimo su cara ni su imponente rostro de facciones cinceladas. Simplemente, no le prestaba atención.

Siempre iba un escalón por delante de mí. A veces, hasta me sacaba la escalinata entera y me observaba por encima del hombro, desde lo alto de la escalera, sin inmutarse, sopeando si me iba a asistir la valentía suficiente para trepar tras sus pasos. Con frecuencia, me daba algún que otro esquinazo para que saliera corriendo tras sus huellas, sin aliento y a trompicones, como temiendo que si lo perdía de vista ya no podría darle caza.

Vestía un mono de una sola pieza. Se llevó la mano al cuello para soltar la tira que protegía la cremallera en lo alto con un botón a presión. La desabrochó y apartó la banda con el dedo. Seguí con atención cada movimiento, pero sin que lo pareciera, mientras abría con parsimonia la cremallera del todo, hasta donde le fue posible.

Si Ray medía metro noventa y cinco, diría que la cremallera, que descendía desde el cuello hasta rebasar el triángulo púbico, rozaría el metro. Una cremallera de poco menos de un metro, más de la mitad de lo que mide un servidor. Hizo un zumbido extraño aunque placentero. Ray tenía un truco para impedir que las cremalleras se atascaran, aunque, por supuesto, por aquel entonces desconocía en qué consistía. Cada semana frotaba las cremalleras de todas sus prendas de piel con el tocón de una vela. El aceite no surte el mismo efecto en las cremalleras, tiene que ser cera porque el aceite se evapora y la cera aguanta mucho más tiempo. La fricción que se produce a lo largo del recorrido, al unir o separar los dientes de la cremallera, licua la cera impregnándola con una capa lubricante. Las cremalleras de Ray siempre roncaban, tanto al abrirlas como al cerrarlas, manteniendo una presión absolutamente uniforme del uno al otro confín.

Cuando el cuerpo de la cremallera dejó a la vista la clavícula, pensé que se detendría en ese punto y me mostraría

algún amuleto, pero no lograba imaginar qué: un crucifijo, tal vez un camafeo con un retrato de su mujer. Al aproximarse a su ombligo, surcando esa capa de cera invisible, pensé que iba a blandir una navaja, y que tan solo podría ofrecerme en el altar sin oponer resistencia para que me descuartizara a su antojo. Cuando pudo, por fin, desprenderse de buena parte del ropaje, la galopante cremallera dejó al descubierto dos manchas con marcas de sudor, una sobre el esternón y otra por debajo del ombligo.

Yo también estaba empezando a sudar, por temor y también por el calor que hacía, pero mi sudor no era más que una vulgar secreción de puro desecho. El suyo, en cambio, le confería una lubricidad que no empañaba su belleza. Puro elixir.

Al alcanzar la cremallera el final del recorrido, debo admitir que poco más quedaba ya por exhibir que lo que me sirvió en bandeja: su polla y su pelotamen. Buscó para sus adentros y rescató de la oscuridad sus pelotas con suma delicadeza, disponiéndolas como frutas exóticas en un bodegón, cual escultural efebo acodado en el alféizar de la ventana. Creí adivinar que me invitaba a contemplar el descomunal volumen de su alforja escrotal, y el blando reposo que ofrecía esta a un rabo que apenas empezaba, no sin cierta incomodidad, a levantar cabeza sin tomarse aún la molestia de erguirse. Zanganeando y aguardando indolente pero al acecho, por si un pasatiempo digno del esfuerzo requerido para tal fin tocaba a rebato.

Pronto reparé en el hecho de que el mono de Ray poco se parecía a los que había visto en el catálogo de Lewis Leathers. En estos el recorrido de la cremallera era discretamente más breve, a diferencia de la que lucía Ray y que alcanzaba el umbral de su paquete, a fin de poder presentar sus creden-

ciales a quien se le antojara sin más preámbulos. Así fue cómo aprendí una de las primeras lecciones en aquel primer encuentro: hay muchos otros lugares donde puede uno hacerse con prendas para motoristas sin tener que ir hasta Lewis Leathers en Great Portland Street, junto a Oxford Circus.

Si hubiera prestado más atención me hubiera percatado de algo más: el mono de Ray tenía doble cremallera, lo cual le permitía sacar a la luz del día sus partes abriendo la cremallera que arrancaba en los bajos y no desde lo alto. Ocurrente solución de diseño inspirada en la ropa de esquí y concebida para alivio y disfrute de quienes tienen que orinar en condiciones extremas, exhibiendo tan poca carne como sea posible a la tormenta para evitar la congelación.

No reparé en el hecho, mientras me acurrucaba hambriento frente a Ray, de que aquel numerito al desnudarse podía bien tratarse de su acostumbrado ritual para prender el flirteo. La ausencia de ropa interior presagiaba no solo gran destreza, sino la clase de destreza que acaba envenenando sin ambages. No solo destreza sino oficio.

Me quedé impertérrito, como si verdaderamente me hallara en medio de una gran tormenta de nieve sin ropaje de montañero. No podía moverme. Oía sobresaltado mi agitada respiración, el rumor lejano de la actividad rural en los alrededores y el aún más distante rugido de las motos. Sabía ya qué se esperaba de mí, y sabía también qué es lo que yo deseaba hacer, pero permanecía petrificado. No podía acometer la faena, no sin un poco de ayuda.

Ray se apiadó de mí. Empuñó su verga con una mano, en lo que pareció una maniobra para poner de relieve sus pelotas con mayor prominencia. Al chasquido obrado por los dedos de la otra siguió una sola reverencia cuyo fin no

era otro que apuntar al epicentro de la acometida. El chasquido fue amortiguado —sin perder, por ello, un solo ápice de autoridad— por los guantes que aún llevaba.

Me lo estaba poniendo fácil, mostrándome cómo abordar el palo mayor de tal suerte que hasta el más inexperto grumete no pudiera errar al soplar el silbato. Tras permitirme reparar, de nuevo, en el pelotón, inclinó la polla al frente y marcó de nuevo el compás con decidido chasquido; chasquido cuyo eco pareció resonar en un espacio que no era el que nos circundaba, sino dentro de mi cabeza. Sentí como si hubiera hecho estallar los dedos en lo más profundo de mis pensamientos, causándome un trastorno en la sesera parecido al que produce un brusco cambio de humor en la gente que acostumbra a sufrirlos.

Me obsequiaba con su infinita paciencia. Cada vez que me atragantaba, me permitía recuperar el aliento acariciándome el codo con la mano enguantada, para, acto seguido, retomar la embestida. Si hubiera consumido algo de pornografía en mis años mozos quizá hubiera caído en la cuenta de que lo que creía que estaba sucediéndome solía tan solo darse entre los sufridos logopedas del gremio. Pero no me había decantado por este tipo de lecturas, por lo que colegí que lo que me estaba sucediendo era lo que había y punto pelota.

Ni siquiera pensé en la posibilidad de que alguien pudiera sorprendernos en plena faena en el interior de su andrajoso dormitorio. Tal vez a Ray tampoco le preocupara demasiado y fuera más bien descuidado, al entregarse por completo a cuanto le ofrecían sus sentidos en aquel instante, mordiéndose el labio y dejándose llevar, mas procurando no gemir. No se me malinterprete, no estoy tratando de colar aquí autoalabanza alguna. El placer no le hacía gemir. En muy contadas ocasiones, en eso creo no faltar a la verdad, estalló

un ronco rugido de sus entrañas, pero eso no es exactamente lo mismo.

El Ray al que llegaría a conocer advertiría, sin mayor dificultad, la presencia de alguien en sus inmediaciones, sin importar cuán absorto anduviera en tan noble empeño. Era capaz de mantener los ojos cerrados hasta que un incauto transeúnte se acercaba demasiado cerca como para albergar duda alguna sobre lo que allí se estaba haciendo, luego los abría y dejaba que esos deslumbrantes ojos azules hicieran su trabajo mientras le espetaba: «¿Le importa? ¿No ve que estamos ocupados?»; para murmurar, con algo más de sigilo, a continuación: «Qué pocos modales tienen algunos».

Cuando se apartó de mí y comenzó a recomponer sus atributos, posó el pulgar tras el cabezal de la cremallera a fin de no esquilar, en plena ascensión, muestra alguna de vello púbico ni tampoco del de sus hercúleos pectorales. No había prisa en sus movimientos, pero sí llevó su tiempo conseguir que luego se apresurara. Tal vez había oído a alguien acercarse y quería ahorrarme la incomodidad del encontronazo con la siguiente visita, cosa que a él parecía traérsela al paio. Es más, diríase que casi parecía desear provocarlo, a fin de dejar bien claro la ridícula importancia que para él tenían esas cosas.

No sabía a qué atribuir semejante parsimonia. Me preguntaba si su inopinada calma podía revelar que había superado alguna clase de prueba o si, por el contrario, había fracasado estrepitosamente. Ignoraba también si se antojaría muy grosero expurgar cualquier vestigio de pelopolla que siguiera aferrándose a mi lengua. Lo cierto es que apenas había alcanzado a reincorporarme desde que tropecé con Ray por vez primera, y aunque podía soportar el dolor

en las rodillas, no estaba seguro de poder dar con la fuerza necesaria para que mis piernas me sacaran de allí. Presa de cierto aturdimiento, indudablemente por lo que había hecho, mas también por el sujeto beneficiario de mis atenciones, no acertaba a ocultar cuán pazguato me sentía. Puede que nunca hubiera abandonado tan sumisa postura de no ser por su intervención final, agarrándome por las axilas y propulsándome con un buen empujón hasta que recobré el gobierno de mis piernas. Me sorprendió la facilidad con la que me puso en pie, pues nunca he sido precisamente un peso pluma. Desconocía aún cuál era su estado de forma ni cuánta fuerza le asistía, pese a las apariencias que invitaban a presuponer que no le hacía muchos ascos ni a la lucha libre ni a las artes marciales.

«Soy Ray», dijo, apoyando sus manos sobre mis hombros, y a punto estuve de balbucear «Colin». Era tanto más alto que yo que sentí como si hubiera estado contemplándole con la misma torsión en las cervicales desde el momento en que lo vi, incluso cuando estaba conectado a él embocando ese altivo cetro de carne. Incluso entonces, al tratar de darle placer, en esa maraña de irreprimibles querencias, mis ojos buscaban desesperadamente, más allá de la oscuridad pública, cruzarse con su mirada allí en lo alto.

Todavía era yo algo enclenque, pero él lucía una constitución atlética tan robusta que, incluso con las manos apoyadas en mis hombros, parecía empujarme hacia el suelo una vez más. Mis rodillas cedieron de nuevo y hubo que echar mano de una ridícula repetición de la maniobra anterior: sus manos sujetándome al instante por las axilas para darme apoyo. Arriba, abajo. No era dueño de mis actos.

Por primera vez estuvo a punto de esbozar una sonrisa, aunque fuera poco más que una suerte de sonrisa sombría, y

me preguntó con un movimiento de cabeza: «¿Qué voy a hacer contigo?».

Sé que hay preguntas que no precisan respuesta, pero no podía permitir que aquella fuese una de ellas. «Lo que gustes.» No estaba seguro de haber logrado decirlo en voz alta, así que lo recalqué de nuevo, por si la primera vez tan solo alcancé a verbalizarlo para mis adentros; esta era mi oportunidad y necesitaba que él me escuchara con meridiana claridad. «Lo que se te antoje.»

Acto seguido, mascullo: «¿Hay alguien a quien necesites llamar?». Le faltó tiempo para concederme una de esas pausas cargadas de significado, esos silencios que acostumbran a intercambiar los protagonistas de las telenovelas, para dejar constancia de la trascendencia del momento. Salió directamente con esas, sin el más leve atisbo de duda. Todavía no entiendo cómo alguien podía ser tan resueltamente claro y directo. Ray lo decidió allí, sin más.

La verdad es que no pillé de qué iba el rollo. «¿Para qué?» No me estaba haciendo el interesante para nada. Ni siquiera habría sabido cómo hacerlo. Tan solo estaba siendo corto de entendederas, como siempre.

«Para decir que no irás adonde sea que debas estar.» Al poco me di cuenta de que tenía otra chupa de cuero, además del mono. Estaba enrollada al pie del árbol, como una especie de cojín varonil. La recogió y se la echó al hombro, usando el pulgar como gancho del que colgarla.

Donde se me esperaba, aunque más tarde, era en casa, en Isleworth. Mamá seguía ingresada en el hospital y aún no sabíamos qué le sucedía. Papá estaba muy enojado por ello, pero no sabía si también había razón médica alguna que explicara sus enfados. Siempre parecían incomodarle las cuestiones relacionadas con la salud femenina, lo cual no dejaba

de parecerme muy chocante en un farmacéutico, pero también era once años mayor que mamá y un hombre de esa generación. Era de lo más natural para él, al fin y al cabo los farmacéuticos no son médicos, solo tienen que descifrar las recetas manuscritas de los médicos. Apenas tienen contacto con la gente, y si, para colmo, son tímidos y retraídos por naturaleza, no hay razón aparente para que no puedan seguir comportándose así.

Mamá solo había pasado en el hospital unos días, pero se había convertido en una auténtica pesadilla desde entonces convivir con papá. Se hacía cargo de la tienda, llevaba la caja y las cuentas, y se ocupaba de la mayoría de las cosas, además de preparar las recetas; pero el manejo del negocio no era lo que le molestaba.

Alcanzar la mayoría de edad con dieciocho años tampoco significaba entonces lo que significa ahora. Entre otras cosas, no significaba que lo que había estado haciendo con Ray fuera legal, lo hubiera sido tan solo si lo hubiéramos practicado intramuros y no en la cara más asilvestrada de Box Hill. Pero sí significaba que, a partir de este mismísimo instante, podía votar, la próxima vez que hubiera que votar, y como adulto, cual ciudadano adulto, parecía de justicia que pudiera decidir qué hacer con lo que quedaba de ese día tan especial. Dicho lo cual, tampoco podía desaparecer sin siquiera dejar un mensaje. Le dije a Ray que tenía que hablar con Ted y pusimos rumbo a la aldea de Box Hill para encontrarlo. Me refiero, claro está, al pueblo donde estaba el pub. Estaba acalorado, así que me quité la chaqueta y traté de colocarla sobre mi hombro colgándola del pulgar como Ray, pero ni la chaqueta ni mi pulgar parecían decididos a emularlo, y se me caía todo el rato, por lo que no hubo más remedio que enrollarla y acomodarla torpemente bajo el brazo.